

Angres, Ondara, Alcalalí... ¿Es la delicia de la palabra por ella misma? Pero es que la palabra sería deliciosa si no significase una calidad, y estos nombres rurales en boca de sus gentes dejan un sabor de fruta, que emite la de todo el árbol con sus raíces, y su pellón de tierra, y el aire, y el sol y el agua que lo tocan y calan (Pág. 1007).

¡Qué fiel es Miró a sí mismo! Tras la delicia, la eufonía del nombre, la delicia frutal y tras ésta—como siempre—todo un paisaje, todo un hundirse en una atmósfera de sol, agua y aire.

Creo, también, que junto al deleite que en Miró causan los nombres levantinos, habría que situar—aunque el autor no lo diga—el que parecen suscitarle los nombres de personas, de cosas y de pueblos judíos, perceptible en las enumeraciones que de ellos hace en *Figuras de la Pasión del Señor*. ¡Con qué placer presenta Miró escenas en las que entran nombres como *kivain*, *kharáset*, *thorim*, *tsisits*, o lugares como Engaddi, Moriah, Corozain, Bethsaída, Camela, Cafarnaum, etc. O enumeraciones de nombres propios, como la siguiente:

A esta cámara pertenecía el justo y dulce Gamaliel, hijo de Simeón, nieto de Hillel y maestro de Saulo; Samuel, el que escribió el *Bíshat-Hammírimum*; Jonatás, Rábbi Zadok, Honkelos, Hananías-ben-Hiseha, Ismael Elija, Rábbi Nahum (Pág. 1144).

Se adivina el deleite auditivo de Miró ante esa fonética exótica, de sonido menos blando y luminoso que el de la frutal topinimia levantina, pero no por eso menos atractivamente musical.

PREOCUPACION ESTILISTICA DE MIRO

Un escritor tan preocupado por el lenguaje, por la sonoridad de los nombres, ha de sentir forzosamente preocupación por su estilo. Esa conciencia estilística de Miró, conocedor de los efectos que del manejo artístico de una lengua pueden ex-